

OPINIÓN

Catalunya-España: una tensión renacida

JUST CASAS | HISTORIADOR

El sentimiento independentista –separatista según quien se lo mire– ha estado históricamente presente en la sociedad catalana desde siempre, a partir de la derrota de 1714 en que Catalunya perdió sus libertades nacionales. Dicho sentimiento es totalmente transversal en el sentido de que incide con contadas excepciones en el conjunto de las clases, capas o grupos sociales. No se puede trasladar miméticamente a los resultados de unas elecciones generales, autonómicas, europeas o municipales: no necesariamente ni mucho menos, se puede medir atendiendo a los resultados de formaciones políticas que pugnan abiertamente por la independencia ni tampoco –aunque cueste de com-

Por ejemplo: el recorte del Estatuto por el Tribunal Constitucional cuando ya se había aprobado por las Cortes españolas y votado afirmativamente en Catalunya; las declaraciones de Alfonso Guerra diciendo que «se habían cepillado el Estatut», las de algunos intelectuales como Torrente Ballester defendiendo los denominados

«...los trabajadores se agarran a un fuerte sentimiento nacional y en la creencia de que con la independencia se vivirá mejor»

el Estado entra en la CEE en el año 1986 se produce un giro espectacular: Catalunya, recibe a partir de aquel momento el grueso de las inversiones extranjeras en España, oscilando según los años, entre el 40 y el 60% aproximadamente de las mismas. ¿Las causas? La larga tradición inversora extranjera que arranca ya de finales del siglo XVIII y principios del XIX; su buena situación geográfica cerca de la frontera francesa; sus comparativamente buenas infraestructuras; puerto, aeropuerto, autopistas... en relación con las del resto del Estado; la existencia de una tupida red industrial, bancaria y de servicios en general; el fuerte impulso de la ya tradicional ‘Marca Barcelona’, aumentada por el eco de los Juegos Olímpicos de 1992; la existencia de unas instituciones de auto-



prender –por aquellas otras que formalmente se oponen a la misma con diversas recetas.

La crisis como detonante

Ha tenido que aparecer un detonante para aglutinar dicho sentimiento y este detonante ha sido la crisis económica. Pero tampoco lo explica todo, pues la crisis ha hecho estallar otros detonantes previos ya existentes y otros que han aparecido posteriormente a la misma y que, enmascarados con dicha crisis, han ido estallando consecutivamente hasta derivar en una explosión importante. Ejemplos antiguos y recientes: el desequilibrio de la llamada balanza fiscal, es decir, la enorme diferencia entre lo que Catalunya aporta al Estado y lo que recibe de éste; el menosprecio hacia el carácter y forma de hacer de los catalanes, inducido muchas veces por las propias instituciones del Estado.

‘Papeles de Salamanca’ como un derecho de conquista; la Ley Wert, que destruye un modelo de enseñanza y lingüístico vigente en Catalunya; declaraciones como las del Sr. Monago, presidente de la Junta de Extremadura, cuando dice que «mientras Catalunya tire, nosotros iremos recogiendo...»... todo ello anima a crear un fuerte sentimiento identitario, muy a menudo, abiertamente independentista en estado larvado.

Catalunya compite mejor

Hay que hacer aquí un poco de historia. La llegada de la democracia después de la llamada Transición Democrática, legó un modelo económico proveniente del franquismo y sin grandes variaciones: economía protegida, poca relación con el exterior –que no significa ninguna– y al resto del Estado español como principal cliente y proveedor de Catalunya. Cuando

gobierno, especialmente de la restaurada Generalitat, que efectuaron una intensa campaña exterior para captar inversiones; la buena relación entre una mano de obra experimentada y los costos laborales derivados de la misma; la excelente plataforma para penetrar en el mercado europeo y las consecuencias que se derivaron de todo aquello: Catalunya modernizó su aparato productivo; aumentó su capacidad tecnológica, su producción –PIB– y su productividad; sus relaciones con el exterior, etc., en definitiva, también su autoestima.

Y lo que resultó más importante por el tema que tratamos: su mucha menor dependencia del resto del Estado español como mercado de sus productos y como proveedor de sus necesidades. No caigamos en el tópico aquel que dice, «¿a quién venderán su cava?» O aquel otro muy popular de, «qué comerán, ¿industria?». La realidad es que, efectivamente, algunas

empresas se resentirían –pero el grueso del cava se consume en la propia Catalunya o ya se exporta, sólo por poner un ejemplo– y que en los supermercados y tiendas de comestibles los productos fabricados o producidos en el Estado o en la propia Catalunya son minoritarios, sólo hay que darse una vuelta y observarlo; pero para el conjunto de la economía y el mercado catalán, no serían un obstáculo insalvable como lo podía haber sido 40, 50 o 60 años atrás. Y además están los intereses políticos y de clase de una burguesía catalana que busca un espacio propio de decisión sin compartir con otros, elementos similares de presión, –léase la gran burguesía española altamente parasitaria– de los presupuestos generales del Estado, sus instituciones y formaciones políticas que la representan. Porque, en contra de lo que se cree fuera de Catalunya, la alta burguesía, la gran burguesía catalana, ciertamente que no es independentista, pero la misma no se encuentra ni en ERC ni en el PSC-PSOE, ni en CiU, está en el PP. Son la mediana y pequeña burguesía que aspiran a más, las que se encuentran en las primeras formaciones políticas citadas especialmente en CiU y ERC.

«...para la economía catalana, la independencia no sería un obstáculo insalvable como lo podía haber sido años atrás»

Ansias independentistas

La situación está más que clara: las ansias independentistas han renovado un vigor ya preexistente y muy transversal dentro de la ciudadanía catalana que las sucesivas inmigraciones –aunque cueste de creerlo– no han cesado de mantener y aumentar, y que determinados sectores de la burguesía –llamémosle productiva– han visto el momento de desafiar a la gran burguesía financiera, especulativa, parasitaria y española, para tomar las riendas directamente de la sociedad catalana, a partir de sus nuevas instituciones, su dinamismo económico –se prevee que el PIB de Catalunya crezca diez veces más que el español, y con unas mayores perspectivas de salir de la crisis–. ¿Y los trabajadores y trabajadoras? Pues como en el resto del Estado, de campo y playa estén en situación de paro o no. Sencillamente, no han sabido construir una alternativa propia, un proyecto propio de sociedad que sea “competitivo” y que pueda medirse con las alternativas del capitalismo galopante existente. Y se agarran a lo que tienen, un fuerte sentimiento nacional y en la creencia –hábilmente explotada por determinados sectores– de que con la independencia se vivirá mejor. Para terminar, no caigamos en el tópico de que la cuestión económica es el único motor del independentismo y la burguesía su única gasolina. Sería un error. Hay diversos motores y como en las gasolineras, diversos tipos de carburantes. Es una cuestión de mercado y España está dejando de ser atractiva por el precio que se paga.